

LA REBELDÍA DE SARA. TESTIMONIO

Silvina Testa*

A la memoria de Juan Carlos Silva

"Son miles los sueños", dice el periódico de esta mañana. Y me dejó pensando. Yo diría que fueron miles los soñadores... Allá y por aquellos años, los sueños y las pesadillas se mezclaron de una manera tan extraña que hoy uno se pregunta quién estaba dormido y quién despierto. Yo creo que eso a mi me despertó, mientras a otros los adormecía. Pero como siempre, de todos los sueños, uno termina despertándose, y algunos despertares duelen mucho más que otros. Esta historia comenzó hace mucho tiempo, seguramente yo aún ni había nacido. Dicen que la injusticia es vieja como la humanidad misma, todo parece indicar que sí, pero hoy pienso que sus formas cambian y que las locuras avanzan, crecen y hasta se desbordan. Esta historia que les voy a contar no es mía, o mejor dicho, no es la mía porque yo era apenas una niña, cuando todo aquello comenzó, que miraba y me dolía con ese dolor puro-gesto como es el de los niños, callado, denunciante, memorioso. Pero esta historia también es mía como lo es de toda mi familia, porque después de lo ocurrido ya nadie volvió a ser como era antes. Todos nos perdimos un poco, todos nos extraviamos por caminos raros, queriendo encontrarle luz a las tinieblas y asegurarnos de que el amor no se desvanece por los avatares de la historia. Pero hubo alguien que arriesgó su vida, en cuerpo y alma, alguien con quien la pesadilla se ensañó particularmente. Alguien a quien la vida la hizo víctima y testigo, dándole piel y memoria donde marcar sus huellas.

Ella siempre fue así, viviendo la vida como se lo dictara su real deseo, sin importarle quién quedara en el camino. Según mi mamá y los que la conocen desde niña, ella siempre fue rebelde. Rebelde... esa palabrita que dice tanto y no dice nada. Me recuerda una canción que se escuchaba en Argentina por los años 70 y que decía, "... yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así...". La de ella, mi hermana Sara, es de esas rebeldías que se expresan naturalmente, que genuinamente se desarrollan en el lugar y espacio que las genera, como si no existieran vallas para limitarla ni tiempos para demorarla. De la rebeldía familiar pasó a la

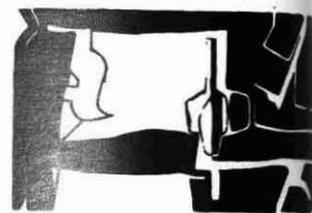
Desde hace muchos años América Latina es una geografía propicia para el desarrollo del testimonio como género literario. Su gente y su historia se han adueñado de esta herramienta, colindante entre la literatura y las ciencias sociales, haciéndola cada vez más fecunda a la expresión de las voces que desde un impuesto silencio han decidido no callar y, más aún, no olvidar. El presente texto fue finalista del certamen "Año 2000: Memoria Histórica de las Mujeres en América Latina y El Caribe" (junio-diciembre 1999), cuyo tema fue "La utopía en nuestros cuerpos", impulsado desde El Salvador por las periodistas Nora Franco (Argentina) y María Teresa Escalona (México)

* Escritora argentina

escolar y de la escolar a la social. En la casa sus revueltas eran por un maquillaje antes de tiempo o por un ombligo al aire cuando apenas alcanzaba los 14 años, aunque también podía contestar pésimamente mal y hasta le hacía frente al viejo, que por aquellas épocas infundía temor y respeto; o se le ocurría comprarse ropa, cosméticos y zapatos anotándolo a nombre de mamá y la vieja tenía que estirar el mango como un chicle¹ para poder pagarlo y sin que el viejo se enterara. Entonces los castigos paternos iban desde salir con la cara lavada, cambiarse la ropa y hasta un buen par de cachetadas; en cambio, mamá no le pegaba pero si brundulaba,² protestaba horas y días enteros sobre aquellos gastos impulsivos y desconsiderados. En el colegio de monjas las rebeldías se hicieron colectivas, hacer entrar a los novios por el patio trasero de la escuela, la clásica fumada en el baño y un día, la más grave, fue a través de la ventana del aula cuando le preguntaron a un señor si era de apellido Gallo, y como el hombre les respondió que no, le retrucaron,³ "perdón, nos equivocamos de gallinero". Desde entonces ellas fueron severamente sancionadas y él se ganó el sobrenombre de "don Quiquiriquí". Si bien las monjas conocían y apreciaban a mi familia, no fueron clementes con los castigos, suspensiones múltiples, sanciones reiteradas, prohibición del viaje de estudio.

Todo esto que les cuento yo apenas lo recuerdo, pero en mi casa lo contaron tantas veces que me lo aprendí de memoria. Es como esas anécdotas de la propia infancia, uno termina sin saber si lo vivió, lo vio en una foto o se lo contaron, pero para el caso es lo mismo. La rebeldía de Sara siempre fue una de las conversaciones predilectas en las reuniones familiares, a todos les causaba placer agregar algo cuando se hablaba del tema, además que aprovechaban y descargaban en ese momento la montaña de palabras atragantadas que les infligía tanta revuelta ajena. Ella, la mayor de los cuatro hermanos, la que se rebeló a todo, desde el mandato paterno hasta el orden social, la que nos sigue sorprendiendo por sus actos y por su vida, se cayó varias veces y se sigue levantando tanto como sea necesario. Su otra rebeldía, la que vino después, ya no pudo ser un tema predilecto ni un motivo de risa, mucho menos de descarga.

Le llegó el tiempo de ir a la universidad. Mi papá no quiso que fuera a estudiar a Córdoba porque allá había estallado el cordobazo en el 69⁴ y todavía todo seguía bastante convulso. Además que en la docta⁵ estudiaba su novio del pueblo y los viejos pensaron que no era oportuno que estuvieran los dos en la misma ciudad porque lo menos que iba a hacer era estudiar y hasta iba a terminar de madre soltera. Entonces la mandaron muy lejos, a 700 largos y lejanos kilómetros del pueblo, a una ciudad tranquila del interior del país donde nunca pasa nada. Pero, fue como dicen por allí, "lo que está pa' ti no hay quien te lo quite". Ya verán.

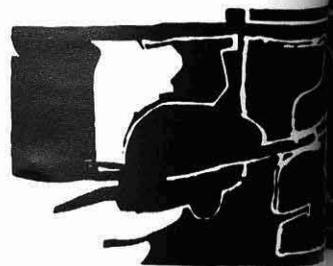


Aterrizó en esa ciudad que era serena como un pueblo grande, aunque en su nombre llevara la marca de la rebeldía, la ciudad de Resistencia.⁶ Bella por sus flores y sus frutos subtropicales, dolida por sus aborígenes desde siempre olvidados, esta capital norteña se sumó como otras tantas a los movimientos populares de izquierda. Y ella, Sara, no quedó indiferente a la época que le tocaba vivir. Así fue que cambió los vestidos de lamé, uno distinto cada sábado, y sus cosméticos de adolescencia por el poncho rojo y negro⁷ y la cara lavada, símbolos de una joven revolucionaria. Estudiaba en la universidad, trabajaba para mantenerse y militaba, se había convertido en una mujer casi perfecta para su tiempo, dejando atrás un pasado de caprichos de hija malcriada de clase media. El amor ligado a esta nueva identidad no tardó en llegar, se enamoró de uno de los dirigentes estudiantiles. Él también tenía el perfil perfecto, estudiante de ingeniería, inteligente, políticamente formado, descendiente de indígenas; no era bello pero sí apuesto. Cuando íbamos a visitarla a aquella ciudad, era para mí ir al encuentro de todo lo que mi pueblo gringo⁸ y excesivamente llano no me daba. Yo soñaba, a través de su historia, con una vida de estudiante en la ciudad, con miles de amigos con quienes hablar de "cosas importantes" y, por supuesto, con un gran amor.

Pero los tiempos comenzaron a ponerse hostiles, el gobierno civil en sus últimos tramos dio espacio para la existencia de una siniestra organización de odio y exterminio, la tristemente famosa AAA.⁹ Y se acabó el cuento de hadas para empezar la historia del horror. Sara tuvo que dejar Resistencia para poder resistir, de allí se fue a Formosa¹⁰ y de Formosa a Santa Fe.¹¹ Todo cambiaba vertiginosamente... las ciudades, su propia imagen, los amigos, la identidad. Para sobrevivir ya no se podía ser el mismo, había que ser otro. Y Sara pasó a ser Nana y el Indio fue Ignacio. Día a día se iban enterando de la desaparición de tal, del arresto de cual, de la muerte de aquel otro. Pero ellos seguían la lucha, clandestina y convencida, cada vez más riesgosa.

De dos pasaron a ser tres, Nana quedó embarazada. El mundo se le abría y se le cerraba a la vez, la vida le seguía imponiendo retos. Aquella bellísima mestiza, mezcla de sangre indígena con la italiana del nuevo mundo, abrió los ojos en el preciso instante que su padre estaba reunido con los obreros del frigorífico¹² que amenazaban con cerrar. Y en la maternidad no hubo nadie más que ella, recién nacida y sin derecho a una inscripción legal, y su madre, recién parida, clandestina y con documentos falsos. Pero no tan lejos de allí, éramos unos cuantos, muchos, que esperábamos con temor y gozo su llegada. Cuando llegó la noticia a la casa, mi alegría fue gigantesca, ella y yo éramos casi hermanas gemelas del día de nacimiento, apenas nos separaban 12 años y unas pocas horas. Me sentí menos sola.

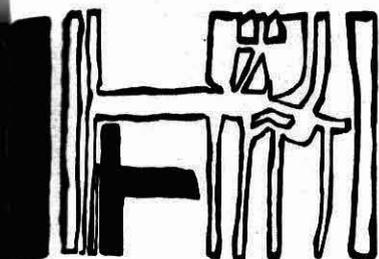
La clandestinidad es un camino difícil y las emboscadas de aquellos criminales acechaban en cada esquina. Nana le pidió a mis padres que buscaran a la niña y se la llevaran por dos semanas al pueblo, para poder escapar de Santa Fe y perderse en el gigantesco Buenos Aires. La pequeña llegó a la casa con unos cuatro meses de edad, toda vestidita de rosa. Cuando los viejos entraron por el pasillo, mamá la traía en los brazos, papá venía detrás, los tres hermanos estábamos almorzando, fue extraño ese momento. Hubo silencios, miradas, regocijo por saberla viva. Papá se calmó de sus cóleras, mamá estaba feliz por ese pedacito de su hija en su regazo. Era la vida entre tanta confusión, era el amor por sobre todo el resto. La niña estaba como su madre, clandestina y con identidad falsa, "era la hija de una prima que debía hacerse operar y se quedaría por poco tiempo". Pero la niña se enfermó y hubo que traer al médico, llamamos a una doctora joven que recién llegaba al pueblo, a ella se le podía mentir... "diagnóstico: angina roja, hay que darle medicamentos... ¿cómo se llama la criatura?" Todos nos miramos, ella no tenía nombre. Mamá saltó muy rápido, "Catalina Pérez", respondió. Catalina se parecía a su verdadero nombre, Carolina, y Pérez hay millones en mi país. Nunca nadie la llamó Catalina, ella fue siempre en el pueblo Lila, como la bautizó su abuelo. En los pueblos las indiscreciones duelen duro, recuerdo aquel día que iba caminando con una amiga de la escuela, y el viejo Lagos, el ciclero sucio y roñoso, me paró en la calle para preguntarme si yo era la hermana de la guerrillera; o aquella otra vieja, la que tenía la tienda a la vuelta de la Iglesia y que se le salían los dientes postizos cuando hablaba, que me señaló como la hermana de la terrorista. Llegué llorando a la casa, ellos no imaginaban el alcance de sus palabras. Las malas lenguas pueblerinas pueden traer consecuencias aún peores, como lo que hizo Raquel. Raquel había visto a Sara en Santa Fe caminando con su niña, y ella, que nunca llamaba a su madre, esta vez la llamó para contarle el chisme. Y fue reguero de pólvora, y llegó a oídos de la Policía Federal de la provincia. No tardaron en allanar nuestra casa. Llegaron de madrugada, eran cientos, entraron con violencia, ellos no saben hacer las cosas de otro modo. Había policías en cada rincón de la casa, nos sacaron de la cama, nos pusieron contra la pared. A Lila, que dormía en su cuna apaciblemente, le pusieron una pistola en la cabeza, con sus cuatro meses de vida ella era la rehén. Papá pidió hablar con el que dirigía la operación, lo llevó a su oficina, al cruzar el pasillo, el mismo por el que había entrado con mamá y Lila 15 días antes, había decenas de policías apuntándole. El viejo estuvo astuto, les negoció con la mentira. Empezó por confirmarles que lo que ellos ya sabían, que Lila era hija de Sara y el Indio, era verdad; luego les dijo que se la habían entregado unos desconocidos en un cruce de rutas y que él estaba dispuesto a colaborar con la policía, es decir, que cuando supiera de su hija y su yerno se los entregaría. Y ellos se fueron, y nos dejaron la angustia y el miedo, pero estábamos vivos.



Nana e Ignacio ya no tenían casa, el desmantelamiento era feroz, en toda la ciudad quedaba un sólo foco de militantes. Se preparaban para huir a Buenos Aires. La última noche en Santa Fe durmieron en casa de los Bartolli, ellos eran los padrinos de Carolina. Era una casa antigua, de esas que las habitaciones se alinean una detrás de la otra, muy larga y angosta. Nana e Ignacio dormían en el último cuarto. En la madrugada, la hora que los militares preferían para sorprender a la gente, llegó el allanamiento. Ignacio lo escuchó y despertó a Nana, huyeron por el patio, la casa colindaba con las vías del ferrocarril. Corrieron entre los rieles en la oscuridad mientras escuchaban los gritos de la familia Bartolli; no quedó nadie, a todos los mataron. Nana tenía mucho miedo, lloraba, sentía que perdía sangre, le faltaba el aire, estaba asustada, sus pasos eran cada vez más lentos. Ya no tenía fuerzas para seguir, el Indio le suplicó que corriera, ella desfallecía a cada paso. El le impuso la resistencia... "o corrés o tendré que matarte", le gritó apuntándole con una pistola, la muerte acechaba por todas partes. Llegaron como pudieron a una ciudad cercana, a la ciudad de Esperanza.¹³ La esperanza se les tendía a los pies, fueron los únicos sobrevivientes del último allanamiento en Santa Fe.

Buenos Aires les trajo aires buenos, mejores que los vividos en los últimos meses. Con sus diez millones de habitantes, la ciudad les ofrecía un lugar más propicio para la clandestinidad y el anonimato. Pasaron los años, creo que fueron dos o tres, no más, el país vivía bajo una dictadura militar sangrienta pero una tensa calma reinaba en las ciudades. No se recomendaba andar de noche por las calles, tampoco sin documentos. Nana volvió poco a poco a su verdadero nombre, encontró un trabajo, alquiló un departamento. El Indio siguió militando, nunca se desenganchó, con cautela y perseverancia seguía su meta. Él venía al pueblo dos veces al mes a visitar a su hija. Llegaba de incógnito en el ómnibus de la mañana temprano y se iba para la casa del abuelo. El Nono¹⁴ fue un cómplice maravilloso, no entendía demasiado pero sabía que tenía que cubrir. Lo esperaba con mate¹⁵ y una copita de caña Legui,¹⁶ según él, curaba todos los males. En esos años, no sólo Lila esperaba la visita de su papá con ansias, yo también. Él fue quien me abrió los ojos en mi adolescencia, quien escuchaba mis conflictos de los quince años, quien me reconocía en mi verdadero sentir. Él también era mi padre, con Lila éramos doblemente hermanas. Cuando me tocó mi turno de ir a la universidad, allá conocí a mi primer amor, un día le dije, "vos sos como él", a lo que respondió, "sólo llevamos el mismo nombre y las mismas ideas, pero no más que eso", y era cierto pero a mí no me importaba, él era como el otro. Sara venía menos, una vez cada dos meses. Venía en otro ómnibus, por otra ruta, para que no hubiera gente del pueblo que pudiera reconocerla, papá iba a buscarla, venía escondida en la parte de atrás del auto, cuando ella llegaba toda la casa se cerraba y nadie que no fuera de la familia podía entrar. La clandestinidad se hacía familiar en la propia casa.

El tiempo había transcurrido, ya la dictadura llevaba cuatro años en el poder, la Cruz Roja y *Amnesty* Internacional habían visitado las cárceles y centros de detención clandestina del país y habían hecho públicas sus declaraciones. Las esperanzas crecían. Sara llevaba una vida tranquila en Buenos Aires, el Indio continuaba con su militancia, un tiempo en el país, un tiempo en el extranjero. Lila seguía viviendo con nosotros en el pueblo. Los viejos le propusieron a Sara unas vacaciones en Mar del Plata, así ella podía pasar unos días con su hija. Al regresar, el viejo siguió para el pueblo y mamá a Buenos Aires con Sara y Lila, para que las vacaciones se le prolongaran un poquito más. A los tres días de haber llegado, una mañana llaman por el portero eléctrico,¹⁷ era Enrique. Mamá se alegra con su visita y lo hace subir, al abrirle la puerta del departamento se encuentra con que él no estaba sólo. Enrique había sido detenido la noche anterior en un bar de Buenos Aires por no llevar documentos, y cuando lo hicieron hablar, él cantó.¹⁸ La única persona que conocía con un pasado militante era Sara, y ahora venían a buscarla. Esperaron por ella, le arrancaron a Lila de los brazos y se la llevaron. Gritó con toda su fuerza que le entregaran la niña a su madre. Mamá pasó todo aquel día con tres parapoliciales en el pequeño departamento de la calle Junín, eran los mismos que le habían traído a Lila. Por la noche se fueron diciéndole que su hija había sido retenida por toxicómana. Mamá llamó a uno de los pocos amigos que Sara tenía en Buenos Aires, por suerte era abogado. La buscaron por todas las comisarias, no estaba en ninguna. Al día siguiente la llaman por teléfono, era uno de los del día anterior, "su hija estará demorada por algunos días, si quiere puede mandarle ropa y productos de higiene, pasaré a recogerlos más tarde". Mamá regresó al pueblo con Lila y la angustia a cuestas, nadie entendía qué había pasado aquel viernes 13 de noviembre, que por cierto, no tiene su mala reputación en vano. Sara estaba secuestrada en la ESMA,¹⁹ allí donde habían masacrado a tantos miles y miles de argentinos. Al mes recibimos un llamado, "estamos en Las Rosas, a 80 km del pueblo, vamos para allá, llevamos a su hija, cierren toda la casa y abran el portón que da sobre la calle Urquiza". Yo recuerdo que venía de la escuela en mi motito cuando veo a papá parado en medio de la calle con los brazos en alto y haciéndome señas de que entrara a la casa urgente, todo estaba cerrado, yo seguía sin entender, aunque a mis quince años entendía mucho más que otros. Llegaron al rato, venían Claudio y otro, que no recuerdo su nombre, trayendo a Sara, ella venía con la consigna expresa de no hablar con nadie sobre lo que había vivido en el último mes. La traían porque venían a "blanquear"²⁰ su expediente de Santa Fe. Esa noche Sara no podía dormir, yo tampoco, creo que nadie durmió, me hizo un gesto en silencio y yo comprendí que debía seguirla. Fuimos en puntas de pie hasta la galería, cuando llegamos ella se levantó el camisón y me mostró su vientre, tenía infinitas lastimaduras, después sus muñecas y sus pies, traían la traza de las sogas que amarraron sus miembros. Le pregunté qué era, me dijo



llorando, "la tortura, ves, esto es de la picana eléctrica y esto otro de estar atada días y días a una pared". Nunca pude olvidar ese momento, me parece verla, ella, esbelta y bella como se lo regaló la naturaleza, y el dolor que no sabía por qué espacio de su cuerpo gritar. Ya hacía mucho tiempo que no tenía fuerzas para la rebeldía.

En el año de 1980 el gobierno lanzó un programa escolar donde invitaba, entre otras actividades, a que los estudiantes rindieran homenaje a las grandes figuras de las Fuerzas Armadas Argentinas. Entre las veinte estudiantes de mi clase, las monjas me solicitaron a mí para que diera una clase especial. Se trataba del aniversario de la muerte de un alto oficial del ejército, Juan Carlos Aramburu, se responsabilizaba a los Montoneros²¹ de dicha acción. La perversidad del sistema se ensañaba con todos los miembros de la familia, Sara estaba siendo torturada en Buenos Aires al mismo tiempo que en el pueblo me obligaban a hablar bien de sus torturadores.

En los cinco meses que Sara estuvo secuestrada, la trajeron varias veces de visita, por supuesto, siempre con algún torturador que la acompañara. El viaje más patético fue el del Año Nuevo, no le recomiendo a nadie empezar el año con dos torturadores a su mesa y en el patio de su propia casa. A las doce de la noche brindamos con sidra... ¿qué se podía festejar? Nada, sino la resistencia con el enemigo adentro, y desear que se murieran pronto todos esos asesinos. La burla era tan grande que nos trajeron regalos y dulces y bebidas, los mismos que torturaban a mi hermana día y noche en la ESMA. ¿Cómo no indigestarse con tanta mierda? Después era Marcelo²² quien la traía, su "responsable". Las fuerzas paramilitares de represión habían desarrollado un macabro sistema de tutores en el que cada secuestrado tenía el suyo, yo no sé bien para qué servían pero Marcelo fue un poco confuso con Sara; sacaba a sus "pupilos" a comer pizza a la medianoche, les traía libros de los que secuestraban en los allanamientos, nos dio su nombre verdadero y su dirección²³ para que le escribiéramos a Sara, la llevaba al pueblo uno o dos fines de semana al mes. Se convirtió en parte de la familia porque sin él no podíamos tener a Sara con nosotros. Llegó a hacer cosas increíbles, como ir al casino de Paraná a jugar con Sara, mi hermano y su mujer, y dejarnos su auto para pasear por el pueblo, un Dodge verde que tenía un pedal suplementario, era para disparar a las gomas de otros autos en algún atentado. Le gustaba la casata brasilera, un postre exquisito que mamá preparaba, se llevó la receta.

A Sara la secuestraron por delación, aunque ellos no sabían exactamente a quién se habían llevado. Pero cuando pidieron información a otras provincias supieron quien era, "así que vos sos Nana y tu marido Ignacio, los dos que se nos escaparon de Santa Fe... vos ya no nos interesás, pero Ignacio sí, te vamos a guardar

hasta que lo encontremos a él, vos nos vas a ayudar". Le pidieron que escribiera una carta para hacerlo venir del extranjero, ella resistía, no aceptaba. Mamá ya le había escrito al Indio para contarle lo que había pasado y para que no se acercara a la casa ni llamara por teléfono porque estaban intervenidos. Como las torturas eran cada vez peores, ella aceptó redactar la carta diciéndose que la escribiría de tal modo que él comprendería lo que estaba aconteciendo. Lo hizo, no se la aceptaron y se la devolvieron junto con la de mamá... "ya no te necesitamos". Su rebeldía no le alcanzaba para salvar a su compañero.

Sara recobró su libertad el 25 de marzo de 1981, ese mismo día el Indio cumpliría 33 años.

Notas de la autora

- 1 "mango": Término popular para designar al dinero. "Estirar el mango como un chicle": expresión familiar para significar que el dinero es poco y debe hacérselo rendir.
- 2 "brundular": Protestar, rezongar de manera verbal y reiterada. Vocablo utilizado en las regiones con fuerte ascendencia italiana.
- 3 "retrucar": Responder de manera desafiante. Término derivado del juego de cartas llamado truco.
- 4 "cordobazo": Revuelta popular de obreros y estudiantes acontecida en la ciudad de Córdoba, capital de la provincia argentina que lleva el mismo nombre, el 29 de mayo de 1969.
- 5 "docta": Nombre que se le da a la ciudad de Córdoba por su gran número de doctores (médicos y abogados), debido a la existencia de la Universidad que data del siglo XVI.
- 6 "Resistencia": Capital de la noroeste provincia del Chaco.
- 7 "poncho rojo y negro": Prenda típica de la noroeste provincia de Salta, tejida con lanas en telar. Originalmente fue utilizada por las montoneras del general Martín Güemes en las batallas de comienzos del siglo XIX.
- 8 "gringo": Apellido familiar que se utiliza para designar a los descendientes de italianos en Argentina.
- 9 "AAA": Siglas de la llamada Alianza Anticomunista Argentina, organización paramilitar.
- 10 "Formosa": Capital de la provincia homónima.
- 11 "Santa Fe": Capital de la provincia homónima.
- 12 "frigorífico": Matadero, lugar donde se faena a los animales, principalmente vacas y caballos, cuya carne luego es vendida para el consumo humano.
- 13 "Esperanza": Ciudad de la provincia de Santa Fe.
- 14 "nono": Abuelo, derivado del italiano.
- 15 "mate": Bebida típica de Argentina, Paraguay, Uruguay, sur de Brasil y de Chile, preparada a base de una planta, yerba mate, y agua caliente, que se bebe con una bombilla metálica en una pequeña calabaza vaciada.
- 16 "caña Leguñ": Licor muy dulce que toman principalmente las personas mayores, su nombre se debe al famoso jockey argentino Leguizamo.
- 17 "portero eléctrico": Llamador eléctrico que se utiliza en los edificios de propiedad horizontal.
- 18 "cantó": Denunció, delató, en lenguaje familiar.
- 19 "ESMA": Siglas de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada, donde funcionó un campo de concentración durante la última dictadura militar (1976-1983).
- 20 "blanquear": Limpiar, aclarar, volver las cosas a punto cero, en lenguaje familiar.
- 21 "Montoneros": Organización política militar de izquierda que existió en Argentina en las décadas del 70 y del 80.
- 22 "Marcelo": Era el nombre clandestino utilizado para las tareas parapoliciales en la ESMA, también lo llamaban Sèrpico y el Mellizo, por su parecido con Alfredo Astiz, otro militar represor.
- 23 Su nombre verdadero es Ricardo Miguel Cavallo. Y su dirección particular: Aranguren 486 9° A, Capital Federal.

Nota de las compiladoras.

Ricardo Miguel Cavallo, ex oficial del campo de concentración de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada de Buenos Aires, fue arrestado en México el 24 de agosto del año 2000 y puesto a disposición de la justicia española por la acción del juez español Baltasar Garzón. El juez lo acusa de "genocidio, terrorismo desarrollado por medio de secuestro, toma de rehenes, seguida de desapariciones y torturas".